

en compañía del Dr. Alvarado, hizo su notable estudio sobre la enfermedad que en él se asistía, enfermedad todavía entonces no conocida por los autores extranjeros ni descrita en sus libros, y en donde formó y maduró su magnífica monografía sobre el *Mal de San Lázaro*, monografía que ya analizamos rápidamente en otro lugar.

En suma, el Sr. Lucio fué un hombre de un talento superior, un médico de una vasta y sana práctica, y uno de los patologistas más distinguidos de México.

Amante tanto de lo científico como de lo simplemente bello, á la vez que se consagró tanto á las ciencias, no desdeñó dedicarles algunos de sus ocios á las Bellas Artes. Fué, en efecto, entusiasta cultivador de las artes liberales, como la música, la pintura, la escultura, de las que fué perfecto conocedor, y su casa siempre encerró ricas colecciones de pinturas, esculturas y grabados, de las mejores y más variadas que casa alguna de la Capital pueda tener, que representan una fortuna.

Así que, á la vez que se le veía escribir sobre su Facultad: ya meditados artículos, en el periódico de la Academia de Medicina; ya su sazónada *Memoria sobre el Mal de San Lázaro*; ya sus *Apuntes sobre Patología interna*, conocidos por los estudiantes con el nombre de *Toros*, redactados con lenguaje hipocrático en estilo aforístico, apuntes que los estudiantes se pasaban con ansia de mano en mano, que los jóvenes médicos guardaban con veneración entre sus mejores libros, como un grato y valioso recuerdo de su vida alegre y bulliciosa de estudiantes y que los mismos viejos prácticos no se desdeñaban de consultar; ya quizá un *Manual de Patología médica*; manejaba con no menos maestría la pluma cuando redactaba, en el año de 1864, su *Reseña histórica de la pintura mexicana en los siglos XVII y XVIII*.

El que tanta habilidad y aptitud tuvo para poseer el arte de Esculapio, no le faltaron en su cerebro celdillas en donde cupieran las concepciones de Juárez y de Rebull ni fibras que vibraran á los arrebatos de Morales y de Paniagua.

Otra cualidad notabilísima tuvo el Sr. Lucio: un desinterés proverbial que quizá traspasó, en contra de los intereses profesionales, los límites de la justicia.

Era muy solicitado como médico de consulta. Interrogaba poco á los enfermos, pero observaba mucho. Estaba dotado en alto grado de esa

cualidad tan rara y tan ambicionada entre nuestros compañeros, llamada *ojo médico*.

Fué, en suma, una de las figuras más grandiosas de nuestra actual Facultad.

Murió el 30 de Mayo de 1886, próximo á cumplir sesenta y siete años de edad.

Durante su época, en una falta temporal, sirvió su cátedra como agregado de la Escuela, en el año de 1850, el Sr. Robredo, y en 1871 se la puso á concurso, concurso que ganó el Dr. Galan (M.) su actual propietario.

El Dr. *Maximiliano Galan* es un inteligente hijo de la Isla de Cuba; educado allí; que hizo su carrera médica en París al lado de Bouillaud y en el Hôtel Dieu, y que, venido á México, hombre de saber, se abrió un lugar, ya en nuestra Escuela, mediante una oposición; ya en las Academias científicas, mediante concursos; ya en la sociedad por medio de su trato y de sus conocimientos.

En nuestra Escuela alguna vez, en 1878, sirvió la cátedra de Patología general en la que empezó á dictar algunos Apuntes. Es médico del Hospital Juárez, y es un notable especialista en las enfermedades del corazón.

Dirémos, para terminar con la historia de esta cátedra, que en el año de 1843 la mandaba el Gobierno unir con su Clínica, con objeto de que en lugar de la plaza vacante se abriera una cátedra de Química médica. Esto al fin no tuvo lugar, no obstante que la nueva cátedra se creó.

Últimamente, en el año de 1883, se abrió en la Escuela otra cátedra de Patología interna, que se ha dedicado para los secundianistas, habiéndose dejado la anterior para los tercianistas, la que dió interinamente el Dr. Ramírez Arellano (N.), y de la que actualmente está encargado, habiéndola ganado por oposición, el joven Dr. José Ramos, aprovechadísimo discípulo de la Escuela.

Han venido sirviendo de textos para estas cátedras, para la antigua, en 1833, el Roche y después el Grissolle que se sostuvo hasta hace poco tiempo, y últimamente el Kunssen y actualmente el Jaccoud, y para la nueva, el Laveran y Teissier.

Vamos ahora á pasar en revista el estado que guarda en la práctica entre nosotros este ramo de la Medicina, y qué adelantos se han alcanzado, y qué conquistas se han hecho.

Entre nuestro pueblo aun corren etiologías y pronósticos sobre las enfermedades internas, que son dignos de conocerse. Entre las primeras, el vulgo, muy amante de lo sobrenatural y que cree á pié juntillas que la tierra se pelea durante tres dias con los muertos tratando de expulsarlos de su seno, cree que muchas de las pleuresías y de las pulmonías y de otras enfermedades que se observan, son debidas á haber tomado por la noche agua ántes de menearla para despertarla, pues que según él el agua duerme, y entre etiologías y pronósticos aun tienen curso en él, concediéndoles influencias singulares, las exhalaciones nocturnas, los *nahuales*, el *mal de ojo*, las brujas, el canto monótono del buho, el vocinglero saltapared y miles de otros entes ó fenómenos, reales ó imaginarios, que predecirían enfermedades, desgracias y muertes.

Pero veamos algo más positivo. Poco tenemos que decir de la viruela sobre el particular. Ya nos es conocida la historia de su introduccion al país, y aquí sólo merece consignarse, que el Dr. Muñoz (M.) fué quien introdujo entre nosotros su tratamiento por medio de los baños.

La vacuna ha venido siendo objeto de estudios durante este período, especialmente de parte de su antiguo conservador el cirujano Muñoz, quien en 1840 escribió sobre ella, en estilo aforístico, una *Cartilla*, hoy bastante apreciada, en la que, al hablar de sus propiedades, la creía útil, y como tal la recomendaba, en las hemeralopias, en las amaurosis, en las parálisis de los párpados, en las afonias, en las *debilidades del estómago* (?) y de los órganos genitales, en la demencia y en el idiotismo, y en la inercia del corazon y de los pulmones. Sin duda que en su entusiasmo por el específico, llevó este profesor sus alcances hasta más allá de lo justo.

Los estudios que con más constancia y con mejor resultado se han hecho en el país, son los de la fiebre amarilla, llamada por el vulgo vómito prieto.

El Vómito se notó en las Antillas, según el historiador Herrera, desde los dias de su descubrimiento por los españoles, pero la constancia incontestable de su existencia entre nosotros, no se remonta sino á los principios del siglo, en que se descubria la existencia del nuevo azote en nuestro Golfo.

La fiebre amarilla hizo su primera aparacion en Veracruz, pocos años despues de construida la ciudad. Desde entónces fué en incremen-

to, hasta el año de 1760 en que, cosa singular, habiendo mandado destruir el Gobierno español, entónces en guerra con Inglaterra, unos montículos de arena que habia en ella y que eran causa de varios médanos, se la vió con asombro desaparecer hasta el año de 1794 en que, ya formados otra vez, por los vientos del Norte, los antiguos montículos, se volvió á presentar, siguiendo desde entónces sin tregua hasta la fecha.

En el año de 1802, tomó esta enfermedad en Veracruz, un carácter tan alarmante, que aun aquí en la misma Capital se temió el arribo de la terrible epidemia, por lo que el virey dictaba varias disposiciones con objeto de evitarla. En tiempos posteriores todavía llegó á inspirar tal terror, que hubo una época, ántes del año de 1825, en que con motivo de ella se llegó aun á pensar en demoler ese hermoso y rico puerto del Atlántico, emporio del comercio mexicano.¹

Varias epidemias han aparecido de esta enfermedad en nuestras costas. En Veracruz, como hemos dicho, siempre la ha habido; á veces se ha extendido hasta Córdoba, y algunas hasta Campeche, Frontera, Laguna y Tuxpam; hay años, sin embargo, en que desaparece completamente, y se ha observado que cuando se exacerba durante el estío, desaparece ó disminuye en el invierno; en Tampico tuvo lugar su primera aparicion en 1843, con la llegada de unas tropas de Veracruz; luego se volvió á presentar en los años de 1847 y 1848, durante la invasion norte-americana, y, por último, en el año de 1863; en el año de 1853 unos buques procedentes de Panamá la llevaron á Acapulco, en donde se extendió hasta Tuxtla, y, por último, no obstante que parecia que la enfermedad sólo era endémica de algunos puertos del Golfo, y más propia, al ménos en el país, de los del Atlántico que de los del Pacífico, con admiracion de todo el país se la vió aparecer por primera vez en puertos del último, en donde era desconocida, en 1883, en Mazatlan, en donde llevada tambien por buques procedentes de Panamá, causó estragos espantosos, llevándose entre sus víctimas al nunca bastante llorado *Ruiseñor mexicano*, Angela Peralta, y de donde se propagó á Guaymas y á San Blas, y demas puertos del Pacífico, á los que ha vuelto á amenazar todavía despues.

Desde tiempos atras, varios facultativos y Sociedades han venido, ora

¹ Memoria del Gobierno General.—Año de 1826.

oficial, ora particularmente, ocupándose de estudiar la etiología, la naturaleza y el tratamiento de esta enfermedad. Ya vimos en otro lugar que en el año de 1833 el Dr. Chavert ensayaba en Veracruz, para su tratamiento, el cocimiento del guaco, al interior y en lavativas, y su tinctura alcohólica, y que con él, en veinticuatro enfermos, había tenido veintitres curaciones, el 96 por ciento. No mucho ha la Academia de Medicina tenía pensionado en el mismo puerto, encargado exclusivamente de estudiar esta enfermedad, al Dr. Alvarado (I.), de cuya comision no conocemos el resultado, y últimamente el Dr. Carmona y Valle, siguiendo las huellas de los sabios que actualmente estudian en Europa con grande ahinco, el origen de las enfermedades contagiosas, Pasteur, Tyndall, Davaine, Miquel, Koch, etc., digno colaborador americano de ellos, ha emprendido estudios en ese sentido, estudios por medio de los cuales parece que ha llegado á conocer la naturaleza de la fiebre, á cultivar y clasificar el hongo que quizá la origina, el *Peronospora lutea*, y á encontrar el medio más seguro para prevenirla, la vacuna.

Pero estos hechos merecen que les consagremos dos palabras.

Fué la casualidad la que á principios del año de 1881 llevó á una de las salas de Clínica interna del Hospital de San Andrés, de la que es profesor el Sr. Carmona, un enfermo que presentaba los síntomas del vómito; esa misma casualidad, bastante propicia, puso en sus manos, á poco, dos ó tres enfermos particulares que habían llegado contagiados de Veracruz; observó escrupulosamente sus síntomas, entre ellos la albuminuria señalada por el Sr. Jiménez (M.); llevó al microscopio—este profesor desde tiempos atras ha venido siendo dado á los estudios microscópicos—algunos de los humores de los enfermos; creyó encontrar en ellos algunos pequeños organismos; continuó en sus investigaciones; hizo cultivos del microbio; lo clasificó; creyó poder precaver, con una especie de vacuna, á los sanos, de esa enfermedad; ha ensayado ésta, parece que con algun éxito, y despues de asegurado en parte de la verdad de su descubrimiento, en 20 de Junio comunicaba en una sesión á la Academia de Medicina, que creia haber investigado que la naturaleza del vómito es parasitaria, comunicacion que se publicó en la *Gaceta Médica* de 26 de Octubre del mismo año. Su trabajo fué recibido con frialdad; una comision bastante severa declaró que no importaba ningun progreso para la ciencia, y, miéntras tanto, otro distinguido facultativo del Brasil, el Dr. Freyre, que emprendia posteriormente iguales

estudios, lo hacia con tan buena fortuna que hasta se ha llegado á poner en tela de juicio, que la prioridad del descubrimiento, y la idea de la inoculacion microbiótica de la fiebre amarilla, como medida profiláctica, corresponda á nuestro compatriota.

Y aquí debemos decir que la vacuna que prepara el Dr. Carmona, la hace con productos recogidos de las secreciones de los enfermos, secreciones que somete á cultivos especiales; que su vacuna, que aplica en inyecciones en los brazos y que produce una ligera elevacion de temperatura y un ligero malestar, sólo contiene un microbio, según él el *Peronospora lutea*, el que produciria la enfermedad; y que la ha aplicado á particulares, á compañías de teatro y á tropas que han salido á los puertos infestados y parece que con buen éxito. Con el mismo, parece que ha experimentado en Panamá el Dr. Girard.

La vacuna del Dr. Freyre es más complexa, pues parece que cultiva en ella tres microbios; se la ha ensayado en el Brasil ampliamente, pues que la Academia Imperial de Medicina de Rio Janeiro, recomendó muy especialmente á los médicos que la aplicasen en sus enfermos y observasen su valor, y no ha sido perfectamente aceptada pues que un médico brasilero distinguido, el Dr. Araujo Goes, que la estudió en obsequio de esa invitacion, la atacó en 1884, de que la mortalidad de los vacunados es de un 25 á un 33 por ciento, proporcion superior á la de los enfermos no vacunados que no excede de 21 por ciento, lo que explica porque no estaria todavía perfectamente estudiado, para atenuarlo de preferencia, el microbio que la produce, lo que se ve claramente, puesto que el Dr. Freyre cada tres años cambia de opinion sobre la naturaleza del microbio, y puesto que señalando tres como la causa del mal sólo cultiva en ella uno, de lo cual habria que deducir: ó que la fúnebre trinidad de microbios es cierta y que en este caso de nada sirve esa vacuna que sólo cultiva é introduce uno, del cual preserva, pero que permite la entrada de los otros, funestos tambien, ó que esa trinidad es una falsedad y que, por consiguiente, las observaciones han sido defectuosas é incompletas. De todo esto concluye que la vacuna del Dr. Freyre es impotente para prevenir la fiebre amarilla.

Evidentemente esto es adelantarse mucho, pues en nuestro concepto todavía están en tela de juicio los descubrimientos de los Sres. Freyre y Carmona, y todavía nada se puede concluir sobre ellos.

De las varias enfermedades que presenta el aparato digestivo, hay una